

# Berkeley: la apología de Dios en el *Alcifrón*

Alberto Luis López

## Resumen

Para entender la filosofía de Berkeley es imprescindible conocer su concepción de Dios, y para ello es necesario estudiar, entre otras obras, el diálogo *Alcifrón*. Éste destaca tanto por su carácter apologetico como, sobre todo, por desarrollar novedosos argumentos en defensa de Dios apenas esbozados en obras anteriores. En este artículo analizo los que considero que son los tres principales argumentos o recursos apologeticos del *Alcifrón*, a saber, el lenguaje visual, el uso de la analogía y la función de la religión cristiana.

## Abstract

To understand Berkeley's philosophy it is important to know his conception of God, and for that it is necessary to study, among other works, the dialogue *Alciphron*. This work stands out both its apologetic character and, especially, for developing novel arguments in defense of God, just outlined in previous works. In this paper I analyze which I consider are the three main arguments or apologetic resources in *Alciphron*, namely, the visual language, the use of analogy and the role of Christian religion.

**Palabras clave:** lenguaje visual, analogía, religión, librepensamiento, existencia de Dios.

**Key words:** Visual Language, Analogy, Religion, Freethinking, Existence of God.

## 1. Introducción

Pese a que George Berkeley fue un filósofo que influyó decisivamente en la historia de la filosofía, las publicaciones sobre su pensamiento son muy escasas en lengua española. Eso se debe, sobre todo, a que la mala comprensión de su propuesta inmaterialista llevó a muchos a considerarla de poco valor filosófico, lo que propició un enorme desinterés hacia ella. El primer paso para contrarrestar esta imagen y comenzar a entender correctamente el complejo pensamiento berkeleyano, es tener claro el papel que cumple Dios dentro del mismo, pues se trata de un elemento central que está a la base del sólido edificio teórico que construyó el irlandés a lo largo de su

vida. Para ello es necesario estudiar cada obra e indagar en ellas tanto las características que se le atribuyen a Dios como la función que desempeña. Al respecto destaca *Alcifrón*, obra fundamental para el asunto en cuestión porque contiene –entre sus muchos temas– varios recursos apologeticos, dentro de los cuales sobresalen tres: el argumento del lenguaje visual, el uso de la analogía y la defensa de la religión cristiana. Estudiar dichos recursos, objetivo de este artículo, permite conocer parte de la argumentación berkeleyana en favor de Dios, algo fundamental para bien entender su filosofía inmaterialista.

## 2. Contexto y contenido del diálogo

El *Alcifrón* fue escrito entre 1729 y 1731 mientras Berkeley se encontraba en América, específicamente en Newport, estado de Rhode Island. El objetivo de su estancia era fundar un colegio (San Pablo) en las Bermudas para educar y formar a los misioneros, con el propósito de hacer de ellos una «fuente de saber y de religión» que purificara los «malos modales y la irreligión de nuestras colonias, así como la ceguera y barbarie de las naciones alrededor de ellas»<sup>1</sup>. Luego de varios meses de vivir en suelo americano Berkeley supo que las 20.000 libras prometidas por el parlamento inglés no llegarían, por lo que lo envolvió el desánimo (que puede notarse en algunos pasajes de la obra) al saber que eso implicaba el fracaso de su ambicioso proyecto evangelizador.

Regresó a Inglaterra en octubre de 1731, y para febrero del siguiente año (1732) publicó su libro en la ciudad de Londres. Éste fue dividido para su publicación en dos volúmenes, añadiendo en el segundo una reedición de su *Ensayo para una nueva teoría de la visión* (1709). Si bien ambos volúmenes fueron editados de forma anónima, el nombre de Berkeley apareció en la portada del *Ensayo*, lo que genera dudas sobre si el anonimato de la portada principal fue decisión suya, del editor o simplemente se trató de un error de imprenta. A diferencia de algunas de sus obras anteriores este libro

---

<sup>1</sup> Las obras de Berkeley se citan de la edición de Luce y Jessop. BERKELEY, George: *The Works of George Berkeley, Bishop of Cloyne*. A.A. Luce y T.E. Jessop (eds.). Nelson & Sons, Londres, 9 vols., 1948-1957. Se citará en el siguiente orden: nombre de la obra, volumen en números romanos (en el caso de *Alcifrón* añadido número de diálogo en romanos en minúscula y sección en arábigos) y página. Aquí, *Berkeley's verses on America*, VII, p. 358.

tuvo un buen recibimiento, al menos eso se desprende por el número de ediciones posteriores y por las muchas reacciones que provocó; cabe mencionar sobre esto lo que su amigo John Percival escribió del libro: «Mi hermana dijo que el libro del deán [Berkeley] contra los librepensadores fue el discurso de la Corte, y que ayer la reina lo elogió públicamente en su salón»<sup>2</sup>. Su buena recepción seguramente ayudó al filósofo irlandés en su carrera eclesiástica, pues al poco tiempo, en 1734, consiguió el obispado de Cloyne. Debido al éxito del libro dos ediciones más fueron publicadas en 1732, una en Dublín y otra revisada en Londres; hubo otra edición, la última en vida del autor, conocida como «tercera», publicada en 1752 en Londres y nuevamente de forma anónima<sup>3</sup>.

En cuanto al contenido de la obra ésta se divide en siete diálogos, los cuales corresponden a los siete días consecutivos, sólo interrumpidos por un *sabbath*, en que tuvieron lugar las conversaciones entre los cinco personajes: Dión, Critón, Eufránor, Alcifrón y Lisicles<sup>4</sup>. Los tres primeros diálogos exponen de manera crítica varias de las ideas del movimiento del librepensamiento (en el segundo y tercer diálogo la crítica va dirigida contra dos contemporáneos de Berkeley: Mandeville y Shaftesbury, respectivamente). El cuarto diálogo es el más interesante respecto al tema de Dios, ya que en él tiene lugar, entre otras cosas, la importante prueba sobre su existencia, que se sirve de las diatribas lanzadas contra Él por los librepensadores. Los tres diálogos restantes versan sobre la utilidad y la verdad del cristianismo; allí Berkeley retoma diversas invectivas, pronunciadas contra la religión cristiana y sus artículos de fe, para contradecirlas y mostrar, en una actitud apologética, el importante papel que desde sus orígenes desempeñó esta religión.

---

<sup>2</sup> Diario de Percival, domingo 27 de febrero de 1732. RAND, Benjamin: *Berkeley and Percival*. Cambridge University Press, Cambridge, 1914, p. 281.

<sup>3</sup> La tercera edición es la que retomó Jessop para las obras completas de Berkeley, y es la que uso en este artículo.

<sup>4</sup> Cada personaje cumple una función dentro de la obra: Dión es el narrador (apenas interviene en los diálogos), Critón y Eufránor representan la posición de Berkeley (el primero critica abiertamente a los librepensadores, mientras el segundo es más mesurado pero a la vez es el crítico más agudo), y Alcifrón y Lisicles son los librepensadores o críticos de la religión (el primero es más sereno y mejor polemista [representa a Shaftesbury y Anthony Collins], mientras el segundo es frívolo y dogmático y representa sobre todo a Mandeville). Estos dos personajes también fueron usados como voceros de las opiniones de otros librepensadores o deístas de la época.

### 3. La figura de Dios en el *Alcifrón*

El *Alcifrón* es una obra apologética que tiene como hilo conductor a Dios, aunque curiosamente hay pocas referencias explícitas a Él; quizá por eso hay comentaristas que han estudiado temas del diálogo sin tenerlo en cuenta, pero como Dios integra coherentemente todas las cuestiones de la obra me parece inadecuado no considerarlo. Para conocer a detalle la actitud apologética de Berkeley y las características de Dios que se desprenden de ésta, hay que recurrir –como ya he dicho– principalmente al cuarto diálogo, porque es allí donde se desarrollan con mayor amplitud y consistencia varios recursos argumentativos para defender a Dios. Del cuarto diálogo destaca el argumento del lenguaje visual, primero de los tres recursos apologéticos que abordaré en este artículo.

#### 3.1 Algunos comentarios sobre el argumento del lenguaje visual

De la excelente introducción de Jessop al *Alcifrón*, en las obras completas de Berkeley, sobresale su opinión sobre el poco aporte filosófico del texto a la filosofía del irlandés. El comentarista considera que la obra no es más que una iteración, sin ningún desarrollo nuevo, de lo publicado años antes en obras clásicas como los *Principios* o los *Diálogos*; más aún, opina que la teoría de la visión es utilizada en *Alcifrón* con las mismas limitaciones originales que en el *Ensayo*<sup>5</sup>, es decir, «sin cuestionar explícitamente la opinión común de que el tacto es el más verdadero de los sentidos»<sup>6</sup>. Destaca también el poco interés que muestra respecto a la prueba de la existencia de Dios a través del lenguaje visual, a la que considera un argumento ya usado, «una variante de la prueba habitual que va del efecto a la causa, nada peculiar de Berkeley [...] por lo tanto, es ocioso remitirse al *Alcifrón* para conocer el berkeleyanismo»<sup>7</sup>. Frente a ésta y otras opiniones parecidas, el caso de Warnock<sup>8</sup>, reaccionaron comentaristas

---

<sup>5</sup> Jessop se refiere a lo dicho por Berkeley en el *Ensayo para una nueva teoría de la visión*, y reiterado someramente en los *Principios* y en los *Diálogos* (1710 y 1713 respectivamente).

<sup>6</sup> BERKELEY, George: *The Works of George Berkeley, Bishop of Cloyne*, ed. cit. T.E. Jessop (ed.), «editor's Introduction». *Alciphron*, III, pp. 12-13.

<sup>7</sup> *Idem*.

<sup>8</sup> Geoffrey Warnock expresó opiniones similares a las de Jessop en su libro *Berkeley* (1953). Cfr. BERKELEY, George: *Alciphron in Focus*. David Berman (ed.). Routledge, Londres, 1993, p. 7.

de la talla de Edward Sillem<sup>9</sup>, y más recientemente David Berman. En el caso específico de Berman, éste expresó su desacuerdo con tales razonamientos al considerar que uno de los varios aspectos filosóficamente novedosos de la obra es precisamente el lenguaje visual. Con él –arguye– Berkeley «explicita por primera vez las implicaciones teológicas de la teoría del lenguaje visual: que los datos visuales constituyen un lenguaje por medio del cual Dios nos habla acerca del mundo tangible. En la edición de 1709 del *Ensayo de la Visión* esto quedó implícito»<sup>10</sup>.

La apreciación de Berman sobre la aportación del lenguaje visual como prueba filosófica para la existencia de Dios me parece correcta, opinión que también comparte David Kline en su artículo *Berkeley's Divine Language Argument*<sup>11</sup>. Kline considera que el lenguaje visual no es secundario, y para reforzar su dicho recurre a Michael Hooker<sup>12</sup>, debido a que fue de los primeros en llamar la atención sobre el descuido inmerecido que había tenido el cuarto diálogo del *Alcifrón*, al ser considerado –erróneamente– un apartado puramente teológico<sup>13</sup>. Si bien Kline difiere de la interpretación de Hooker sobre el argumento del lenguaje visual<sup>14</sup>, lo que me interesa destacar aquí es la importancia que éstos y otros comentaristas le dan a dicho argumento. También quiero resaltar el orden en el que Kline expuso

---

<sup>9</sup> SILLEM, Edward A.: *George Berkeley and the Proofs for the Existence of God*. Longmans / Green and Co., Londres, 1957, caps. 1 y 6.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 8. Para ver las novedades filosóficas del *Alcifrón* remito a la introducción de David Berman, sobre todo al apartado *Alciphron and berkeleyanism*, pp. 7-9.

<sup>11</sup> KLINE, David A.: «Berkeley's Divine Language Argument», en *Alciphron in Focus*, op. cit., pp. 185-199.

<sup>12</sup> Kline retoma de Hooker la teoría de la inferencia a la mejor explicación (desarrollada por Harman y ampliada por Thagard) y sus tres criterios para determinarla: consiliencia, simplicidad y analogía. Vid. HOOKER, Michael: «Berkeley's Argument from Design», en *Berkeley Critical and Interpretative Essays*. M. Colin (ed.). Turbayne, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1982, pp. 261-270. HARMAN, Gilbert H.: «The Inference to the Best Explanation», en *The Philosophical Review* 74, 1 (1965) y THAGARD, Paul R.: «The Best Explanation: Criteria for Theory Choice», en *The Journal of Philosophy* 75 (1978), pp. 76-92.

<sup>13</sup> Para Hooker, de las varias pruebas que Berkeley desarrolló sobre la existencia de Dios la del lenguaje visual era la más importante y original, y no sólo respecto a la teología sino también a la filosofía.

<sup>14</sup> Kline critica las tres interpretaciones de Hooker sobre el argumento del lenguaje visual, sobre todo porque considera que Berkeley –cosa que no vio Hooker– siempre tuvo en cuenta a Descartes, por lo que éste sirve para explicar mucho de lo que desarrolló el irlandés. KLINE, David. op. cit.

el argumento, ya que al dividirlo en dos fases (una especie de pre-argumento y el argumento)<sup>15</sup> se torna más inteligible; razón por la cual yo seguiré ese mismo orden.

Antes de ir a la primera fase quiero recordar que Berkeley, a través de Alcifrón, aclaró en el apartado dos del cuarto diálogo que no pretendía dar como pruebas «argumentos metafísicos» (como la idea de un ser perfectísimo o de un proceso infinito de causas), «criterios de autoridad» o pruebas «fundadas en la utilidad o en la conveniencia», es decir, tenía muy claro que el argumento del lenguaje divino tenía que ser novedoso o, al menos, no ser una simple repetición de argumentos utilizados previamente.

### 3.2 Primera fase del argumento del lenguaje visual<sup>16</sup>

La primera fase se sirve del «argumento del diseño»<sup>17</sup>, y tiene que ver con la exigencia de Alcifrón de una prueba sobre la existencia de Dios basada en la experiencia sensible, porque considera que nadie lo ha visto ni percibido. «Afirmo que la confusa noción de la Divinidad o de un poder invisible es el más insuperable de todos los prejuicios»<sup>18</sup>. Una vez que el librepensador admite que existen espíritus animales imperceptibles para el sentido, pero cuya existencia se deduce de sus «efectos y operaciones», Eufránor (Berkeley) le hace admitir que existe un alma, es decir, «un principio pensante y de acción», que si bien no es perceptible sí se deduce de las apariencias percibidas por los sentidos. «Parece que la existencia de cosas imperceptibles para el sentido puede ser deducida por sus efectos y signos, o indicios sensibles»<sup>19</sup>.

---

<sup>15</sup> Aunque comparto la opinión de que el argumento del lenguaje visual está dividido en dos fases, también es posible argüir que hay dos argumentos distintos. El primero podría llamarse «argumento de la percepción sensible», y sería una prueba en sí misma; también es cierto que podría ser el preámbulo al lenguaje visual, pues el propio Berkeley, a través de Alcifrón, no está convencido de su primera prueba y decide desarrollar otra.

<sup>16</sup> *Alciphron*, III; iv, 2, pp. 142 ss.

<sup>17</sup> Este argumento se basa en el orden y la regularidad que muestra la naturaleza al ser contemplada, lo cual denota que tiene diseño y hasta una cierta teleología (divina).

<sup>18</sup> *Alciphron*, III; IV, 2, p. 143.

<sup>19</sup> *Ibidem*, IV, 4, p. 145.

El movimiento es parte importante de este argumento o primera fase, porque origina efectos y signos que posibilitan hablar de algo imperceptible como existente. Sólo así se entiende que Berkeley dé un salto y afirme que de los movimientos se deduce que debe haber una causa, mientras que de los movimientos racionales, o los que parecen dirigidos a un fin, se deberá deducir una «causa racional, alma o espíritu»; sin embargo, considera que el alma humana es algo ínfimo debido a que apenas mueve una partícula insignificante, un pequeño cuerpo en relación con la naturaleza, los cuerpos celestes y el sistema del mundo. De la misma manera, la sabiduría que aparece en los movimientos causados por el hombre es mucho menor que la de los organismos naturales, animales o vegetales.

Un hombre con su mano no puede construir ninguna máquina tan admirable como la mano misma [...] ¿No se sigue que de los movimientos naturales, independientes de la voluntad humana, puede inferirse un poder y una sabiduría incomparablemente mayores que los del alma humana? [...] ¿no hay en las producciones y efectos naturales una visible unidad de designio y fin? [...] No se deducirá que este poder o sabiduría ha de residir en un único y mismo Agente, Espíritu o Inteligencia, y que debemos considerar al menos tan clara, rotunda e inmediatamente cierta la existencia de ese Espíritu infinitamente sabio y todopoderoso, como la de cualquier alma humana distinta de la nuestra?<sup>20</sup>.

A pesar de admitir el valor del argumento el librepensador muestra dudas, sobre todo cuando se pregunta cómo es posible que se tenga la misma certeza de la existencia de Dios que de la de alguien o algo presente, él mismo, por ejemplo, que está frente a su interlocutor y hablándole. Berkeley responde a esta objeción diciendo que el argumento de la existencia de otras almas es análogo al argumento de la existencia de Dios, ya que la «persona» Alcifrón, es decir, una «cosa individual pensante», no debe ser confundida con el cabello, la piel o el aspecto externo. De lo que se colige que, en sentido estricto, no se ve al librepensador sino sólo:

«signos y rasgos sensibles que sugieren e implican la existencia de este indivisible principio pensante o alma. De la misma manera me parece que si bien no puedo ver al Dios invisible con los ojos del cuerpo, puedo, en sentido estricto, contemplar y percibir con mis sentidos tales signos y rasgos que sugieren, implican y demuestran la existencia de un Dios imperceptible, con tanta certeza

---

<sup>20</sup> *Ibidem*, IV, 5, pp. 146-147.

y con la misma evidencia que cualquier otro signo percibido por los sentidos me sugiere la existencia de tu alma, espíritu o principio pensante, de la que estoy convencido sólo por unos cuantos signos o efectos y por los movimientos de un pequeño cuerpo orgánico: mientras que en todo momento y lugar contemplo signos sensibles que revelan la existencia de Dios»<sup>21</sup>.

Pese a que lo dicho hasta ahora es una buena prueba de la existencia de Dios, no es muy diferente de lo que Berkeley había desarrollado en obras anteriores; probablemente por ello se sirvió de un interlocutor, el personaje Alcifrón, para ahondar aún más en su argumento sobre la existencia de Dios. Por eso es que dicho personaje, luego de reflexionar y exponer que no está del todo satisfecho con lo mencionado, indica que requiere otro tipo de prueba, a saber, una indubitable que le asegure la existencia del otro. Es por ello que dice: «nada me convencerá más de la existencia de otra persona que su acto de hablarme. El escucharte hablar es, en estricta y filosófica verdad, la mejor prueba para mí de tu existencia»<sup>22</sup>. La prueba que exige Alcifrón tiene que ver con que la justificación para creer que existe otra mente no se basa en que haya un cuerpo que se parezca a, o se mueva como, sino más bien en que el otro cuerpo exhiba un comportamiento lingüístico, ya que lo único que explicaría tal conducta sería precisamente la existencia de una mente detrás de ella. Berkeley se reta a sí mismo al tener que producir un argumento de estructura similar al lenguaje para probar la existencia de Dios, de ahí su inquisición: «¿no pretenderás decir que Dios habla a los hombres de la misma manera clara y sensible que un hombre habla a otro?»<sup>23</sup>.

---

<sup>21</sup> *Ibidem*, iv, 5, p. 147. En los *Principios* (§ 27) aparece un argumento similar cuando se habla del conocimiento nocional entre espíritus. Es interesante que para probar la existencia de Dios se apele al conocimiento sensible, en especial la vista, pero en ningún momento se haga referencia a la teoría inmateralista. Eso pudo deberse al carácter apologético del texto, al que le era más útil el lenguaje coloquial que la jerga filosófica inmateralista, que tantas confusiones había causado. En una carta a Samuel Johnson, de la época de redacción del *Alcifrón*, Berkeley escribe: «Lo que habéis visto de mí se publicó cuando yo era muy joven [la Teoría de la visión y los Principios] y, sin duda, tiene muchos defectos. Pues, aun cuando las nociones sean verdaderas (como ciertamente pienso que lo son) es sin embargo difícil expresarlas de manera clara y consistente, pues el lenguaje está forjado para el uso común y para los prejuicios aceptados». Carta del 25 de noviembre de 1729. HIGHT, MARC A.: *The Correspondence of George Berkeley*. Cambridge University Press, Cambridge, 2013, pp. 304-305.

<sup>22</sup> *Ibidem*, iv, 6, p. 148.

<sup>23</sup> *Ibidem*, iv, 6, p. 148.

Para responder afirmativamente a esta cuestión, y para terminar con las dudas del librepensador, el filósofo irlandés tendrá que desarrollar su teoría del lenguaje visual divino, lo que dará paso a la segunda fase de la discusión o, como habitualmente se conoce, al argumento del lenguaje visual.

### 3.3 Segunda fase del argumento del lenguaje visual

La prueba que pide Alcifrón sobre un lenguaje divino exige demostrar lo siguiente:

«Dios habla a los hombres usando signos arbitrarios, externos y sensibles, que no tienen ninguna semejanza ni conexión necesaria con las cosas que significan y sugieren; y que por innumerables combinaciones de estos signos, descubrimos y conocemos una infinita variedad de cosas; y que igualmente somos instruidos e informados sobre su diversa naturaleza; y que nos enseñan y advierten lo que debemos evitar y lo que debemos buscar; y dirigen y regulan nuestros movimientos y acciones con relación a cosas distantes para nosotros, tanto en el tiempo como en el espacio»<sup>24</sup>.

Berkeley debe mostrar que la naturaleza constituye un lenguaje de este tipo, esto es, que tiene características semejantes al lenguaje oral o escrito porque se basa en el uso arbitrario de signos sensibles. Luego de retomar algunos postulados de su *Ensayo* de 1709 (como la no existencia de una geometría natural, que la percepción de la distancia tiene que ver con la experiencia, y que la mente requiere de aquélla para aprender sobre la conexión entre las diversas cosas), sostiene que los objetos inmediatos de la vista (luz, colores y sombras) se combinan para formar un lenguaje (visual), apto para sugerir distancias, figuras, situaciones y dimensiones respecto a los objetos tangibles; empero, esto no lo hace por semejanza o conexión necesaria entre unas cosas (visibles) y otras (tangibles), sino (y ésta es la novedad que hace explícito lo implícito del *Ensayo*) por un acto volitivo, esto es, por una «imposición arbitraria de la Providencia». Lo que el irlandés afirma con lo anterior es que los objetos de la vista forman un lenguaje para los ojos, tal y como los sonidos y las palabras forman uno para el oído, y esto por simple experiencia, costumbre y hábito, pero sobre todo porque así lo quiere la divinidad.

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, iv, 6, p. 149.

El lenguaje visual tiene como características importantes que se aprende desde el nacimiento, se usa en todo momento y es igual para todos, ya que es el mismo en toda la tierra y no, como otros lenguajes, diferente según el lugar y la época. Además, es un lenguaje que «informa, entretiene y divierte a la mente», es decir, es útil porque «da estabilidad y permanencia al discurso humano, registra sonidos y da vida a lenguas muertas»<sup>25</sup>, pero también porque muestra objetos que por su cercanía y magnitud pueden causar algún daño. Sin embargo, su regularidad hace que los hombres no le presten atención por verlo con normalidad, además de que tienden a confundirlo porque no distinguen entre los signos y las cosas significadas, esto es, entre lo que ven y lo que tocan<sup>26</sup>; eso se debe a que presuponen una relación necesaria, cosa que el irlandés rechaza al sostener que tal vínculo no se aprende automáticamente, sino que requiere tiempo y experiencia, de ahí que sea importante tener presente que el signo y la cosa significada son cosas distintas.

Berkeley establece con este lenguaje una relación analógica entre el lenguaje visual de la naturaleza y el lenguaje verbal, entre los objetos inmediatos de la visión que sugieren cosas y las letras del lenguaje verbal que sugieren palabras. Instituye con ello una relación arbitraria entre el signo y la cosa significada, que lo lleva a afirmar que «el gran Motor y Autor de la Naturaleza constantemente se manifiesta a los ojos de los hombres con la mediación sensible de signos arbitrarios [...] y por su composición y disposición sugieren y muestran una infinita variedad de objetos, diferentes por naturaleza, tiempo y lugar»<sup>27</sup>; estos signos informan y enseñan al hombre cómo conducirse en la vida, es decir, cómo actuar respecto a cosas distantes y situaciones futuras. Esta relación analógica, por tanto, permite colegir que el «Agente Universal o Dios habla a tus ojos como cualquier persona habla a tus oídos»<sup>28</sup>.

Pese a lo convincente de su argumento el propio Berkeley se sirve de Alcifrón para expresar una última objeción<sup>29</sup>: si la vista, esto es,

---

<sup>25</sup> *Ibidem*, iv, 15, p. 160.

<sup>26</sup> Cfr. *An Essay towards a New Theory of Vision*, I, § 91 ss, p. 208 ss.

<sup>27</sup> *Ibidem*, iv, 11, p. 157.

<sup>28</sup> *Idem*.

<sup>29</sup> Esta objeción tiene que ver con la primera edición de los *Principios* (1710), §§ 66 y 108, donde Berkeley describió a la naturaleza, incluidos el olfato y el gusto, como un lenguaje. En la reedición de 1734 cambió «naturaleza» por «signos», es decir, modificó los *Principios* para que concordaran con el diálogo IV del *Alcifrón*, donde sólo la visión es un lenguaje. Vid. BERMAN, David: «Introduction», *Alciphron in focus*, ed. cit., pp. 8-9.

un sentido, constituye un lenguaje, entonces también podrían serlo los demás sentidos, como el olfato o el gusto, ya que se basan en signos que informan de otras cualidades sin tener conexión necesaria con ellas. La respuesta a esta objeción va en el sentido de que no todo signo constituye un lenguaje, ni siquiera todo sonido significativo («como los gritos naturales de los animales»); lo que constituye la verdadera naturaleza del lenguaje es «la articulación, combinación, variedad, abundancia, uso general y extensivo y fácil aplicación de signos (todo lo cual se encuentra generalmente en la visión)»<sup>30</sup>. Por lo tanto, la visión, mejor que cualquier otro sentido, es apta para constituir un lenguaje, porque capta los múltiples signos o fenómenos naturales que, sin conexión necesaria entre sí, se perciben a cada instante, posibilitando que así como el lenguaje humano remite al hombre, el lenguaje de la naturaleza lleve a Dios. Kline –en el artículo citado– amplía y aclara aún más la respuesta de Berkeley, pues sostiene que los demás sentidos no constituyen un lenguaje porque fallan en su «condición generativa», es decir, porque «los olores y sabores básicos sólo se combinan de forma limitada para formar nuevos signos»<sup>31</sup>; esto porque sus patrones de combinación son limitados y restringen su poder informativo, lo que les quita su licencia de un lenguaje real. Los colores y las formas, por el contrario, al combinarse de infinitas maneras y ser tan diversos y complejos –de ahí el ser informativos– forman nuevos y múltiples modelos.

Berkeley estuvo seguro de haber dado una prueba concluyente sobre la existencia de Dios, y por eso en su *Theory of Vision Vindicated* (1733) escribe: «convencido de que la *Teoría de la visión*, anexada al filósofo minucioso, ofrece a los hombres pensantes una nueva e incontestable prueba de la existencia y la inmediata operación de Dios, y del constante y condescendiente cuidado de su providencia»<sup>32</sup>. El porqué de su convencimiento se debe a que con su argumento del lenguaje visual divino hizo que Dios pasara de no tener testigos de su existencia a tener claros testimonios de la misma, ya que se le ve, a través de dicho lenguaje, de manera clara y cotidiana al producir permanentemente muchos signos. Así, este lenguaje muestra que hay una «creación constante» que remite inmediatamente a un poder y una providencia. Dios, en consecuencia, resulta ser un espíritu «sabio» porque crea leyes no explicables por principios mecanicistas, «bueno»

---

<sup>30</sup> *Alciphron*, III; iv, 12, p. 157.

<sup>31</sup> KLINE, David A., *op. cit.*, p. 197.

<sup>32</sup> *The Theory of Vision Vindicated and Explained*, I, p. 251.

porque mantiene el mundo y vigila, advierte e informa a los hombres, y «providente» porque dirige y ordena al mundo cual «gobernador», puesto que se trata –en opinión de Berkeley– de una divinidad actuante que interviene directamente en las acciones de los hombres, al dirigir, ordenar y gobernar el mundo.

El lenguaje visual divino da sentido a la metáfora de que Dios tiene «la luz por cuerpo y la verdad por alma», pues al percibir visualmente el lenguaje de la naturaleza se pone de manifiesto el cuerpo (simbólico) de la divinidad; hecho que torna más asequible a Dios.

#### 4. La analogía como defensa de la divinidad

##### 4.1 Collins y la prueba de la inexistencia de Dios<sup>33</sup>

La defensa que Berkeley hace de la divinidad en el cuarto diálogo va acompañada de la crítica al deísta inglés Anthony Collins, quien sostuvo en su *Philosophical Inquiry concerning Human Liberty* (1717) que había encontrado una demostración contra la existencia de Dios basada en su incomprendibilidad. Esto se debía –argüía el deísta– a que algunos teólogos «profundos y especulativos», frente a los cuestionamientos sobre los atributos divinos, establecieron que dichos atributos (conocimiento, bondad, infinitud o sabiduría) no eran concebibles para las personas, por ser algo distinto a cualquier acepción comprensible para ellos. Creían que con esta medida podían responder satisfactoriamente a las críticas sobre los atributos divinos, pero en realidad generaron nuevos problemas precisamente por la incomprendibilidad de los mismos. La consecuencia de lo anterior fue que lo ignoto e indefinible de los atributos divinos hacía de Dios algo totalmente ininteligible. Este problema, basado en la propia teología, era –en opinión de Collins– una clara muestra de la inexistencia de Dios.

Para responder a esta presunta prueba contra la fe cristiana, Berkeley se remitió a lo que consideró el origen de tal confusión; éste se encontraba en las nociones sostenidas por Dionisio el Areopagita, quien en algunas de sus obras afirmó cosas tales como: «Dios es algo que está por encima de toda esencia y vida», es «inefable e innombra-

---

<sup>33</sup> La referencia a Collins se da sobre todo en *Alciphron* III; iv, 17-19, pp. 163-168. Como Berkeley no quiso hacer referencia directa al inglés optó por llamarlo «Diágoras», aludiendo a él como un librepensador de la época.

ble» o «Él está sobre toda sabiduría y razón»<sup>34</sup>. Pese a intentar explicar lo que quería decir el areopagita con estas expresiones, considera que los textos de aquél no son útiles para la fe cristiana, porque lejos de aclarar confunden. Opina que lo mismo sucedió tiempo después con Pico della Mirandola, quien influido por Dionisio llegó a tener problemas con la Iglesia católica por las expresiones confusas de algunas de las tesis contenidas en sus *Conclusiones philosophicae, cabalisticæ et theologicae* (1486), como aquella que decía que «es más impropio decir de Dios que es una inteligencia o un ser inteligente que decir de un alma racional que es un ángel»<sup>35</sup>.

#### 4.2 El uso de la analogía como defensa de la divinidad<sup>36</sup>

En el cuarto diálogo del *Alcifrón* Berkeley intenta dar respuesta a los problemas de los atributos divinos, y para ello se remite en un primer momento a lo que llama «la opinión de los escolásticos», esto es, a la *Summa* de Tomás de Aquino<sup>37</sup> y a las *Disputationes* de Suárez. Llega a la conclusión de que ambos filósofos concuerdan en que lo que se dice de Dios se da a partir de la imperfección del conocimiento de las criaturas, por eso los atributos, en grado perfecto, están en Dios, pero no tal y como los predicen los individuos desde su humana imperfección. Lo anterior lo lleva a argüir que el ser y los atributos deben entonces predicarse «analógicamente de Dios y de las criaturas; esto es, ellos [los escolásticos] sostenían que de Dios, suprema, independiente, auto originaria causa y fuente de todos los seres, no debe decirse que existe en el mismo sentido que los seres creados; no porque Él exista menos verdadera y propiamente

---

<sup>34</sup> *Alciphron*, III; iv, 19, p. 166.

<sup>35</sup> *Ibidem*, iv, 19, p. 167.

<sup>36</sup> Mientras en los *Principios* Berkeley advierte que se debe tener cuidado con la analogía, no respecto a la divinidad sino a la filosofía natural («pero debemos proceder con cautela en tales cosas, pues somos propensos a poner demasiado énfasis en las analogías y, en perjuicio de la verdad, a favorecer ese afán de la mente que la conduce a extender su conocimiento a principios generales»), en *Alcifrón* externa su convencimiento de la necesidad de utilizarla en el contexto del conocimiento divino. *Vid. Principios*, I, §106, p. 87.

<sup>37</sup> Sobre la relación entre Tomás de Aquino y Berkeley en torno a la analogía, *vid.* MARCH, W.W.S.: «Analogy, Aquinas and Bishop Berkeley», en *Theology* 44 (1942), pp. 321-329.

que aquéllos, sino sólo porque existe de manera más eminente y perfecta»<sup>38</sup>.

Luego de esta primera mención de la analogía Berkeley se mete de lleno en ella, explicando su origen en la matemática griega como «semejanza de proporciones», esto es, como disposición o relación de una cantidad respecto a otra; sin embargo, el propio filósofo señala que la analogía no se limita a la relación de números, sino que tiene un sentido más amplio que la lleva a ser entendida como «toda semejanza de relaciones o disposiciones, cualesquiera que sean»<sup>39</sup>. Es precisamente el sentido figurado, no el matemático, el que le interesa, y por eso lo ejemplifica con los escolásticos, al decir que ellos lo usaron para hablar de la relación entre el entendimiento y la vista: «el entendimiento es a la mente lo que la vista es al cuerpo, y el que gobierna un Estado es análogo al que pilota una nave. De aquí que un príncipe sea analógicamente llamado piloto, siendo para el Estado lo que el piloto para su nave»<sup>40</sup>.

Para ahondar en el tema de la analogía Berkeley se apoya, además de en los autores mencionados, en el *Tractatus de nominum analogia* del dominico Tomás de Vio (mejor conocido como Cayetano), pues en dicha obra se hace una importante distinción entre analogía «metafórica» y «propia»<sup>41</sup>. La primera se aplica sobre todo a ciertos pasajes bíblicos, como cuando se dice que Dios tiene dedos, ojos, o que está furioso o afligido; aunque en estricto sentido eso sea incorrecto, porque implica imperfecciones, al ser una metáfora es aceptada como verdadera. «Así, cuando se dice que el dedo de Dios aparece en tal o cual suceso, los hombres de sentido común entienden simplemente que puede atribuirse a Dios, como las obras hechas por las manos humanas se atribuyen al hombre»<sup>42</sup>. En cuanto a la analogía propia ésta se utiliza para el conocimiento y la sabiduría de Dios, y se aplica proporcionalmente, de ahí que tenga sentido decir que debido a que Dios es infinitamente superior al hombre, su conocimiento también será infinitamente superior al conocimiento humano.

<sup>38</sup> *Alciphron*, III; iv, 20, p. 169.

<sup>39</sup> *Ibidem*, iv, 21, p. 169

<sup>40</sup> *Idem*. El ejemplo del príncipe, la ciudad y el piloto seguramente lo retomó de las *Quaestiones disputatae de veritate* de Tomás de Aquino. *Vid.* AQUINO, Tomás de: *De veritate*, Qu. 23, art. 7.

<sup>41</sup> Cayetano distingue tres tipos de analogía: de desigualdad, de atribución y de proporcionalidad. *Vid.* CAYETANO: *Tratado sobre la analogía de los nombres*. Fundación Gustavo Bueno-Pentalfa Ediciones, Oviedo, 2005.

<sup>42</sup> *Alciphron*, III; iv, 21, p. 170.

Berkeley considera que con la analogía se salvan los problemas de los atributos divinos, cuestionados tanto por Collins como por otros deístas<sup>43</sup>, porque con ella se puede afirmar que todas las perfecciones concebibles en un espíritu finito (humano) se encuentran en el espíritu infinito o Dios, pero «sin ninguna de las impurezas con que se hallan en las criaturas»<sup>44</sup>, lo que de paso facilita comprender la semejanza ontológica entre el hombre y Dios. Por tanto, la utilidad de la doctrina de la analogía radica –creyó Berkeley en *Alcifrón*– en que genera mensajes positivos respecto a Dios, los cuales confrontan tanto posturas agnósticas que sostienen que sólo hay afirmaciones esencialmente abstractas de Él, como cualquier tipo de antropocentrismo extremo, que al referir sólo a lo empírico o perceptible cuando se trata de Dios renuncia a la trascendencia divina. En consecuencia, el discurso analógico ayuda a que esa trascendencia no sea anulada por una comprensión unívoca de los predicados atribuidos a la deidad, ni por afirmaciones equívocas de los mismos (pues univocismo y equivocismo hacen imposible un discurso coherente sobre Dios), a la vez que cumple la función de herramienta lingüística para la descripción y comprensión de la naturaleza divina<sup>45</sup>, algo fundamental para la filosofía inmaterialista del irlandés.

---

<sup>43</sup> Como fue el caso de J. Toland, M. Tindal o T. Woolston, entre otros. Aprovecho para mencionar el trabajo de Mauricio Beuchot, quien al retomar antiguos estudios escolásticos para renovar el concepto de analogía, y aplicarlo a la solución de problemas teóricos, emula en cierta medida y sin pretenderlo la actitud berkeleyana. Vid. BEUCHOT, Mauricio: *Tratado de Hermenéutica analógica*. FFyL (UNAM)-Editorial Ítaca, México, 2000.

<sup>44</sup> *Alciphron*, III; iv, 21, p. 170.

<sup>45</sup> No todos los comentaristas comparten mi opinión sobre la analogía. Park, por ejemplo, arguye que en sus obras filosóficas Berkeley no intentó seriamente representar a Dios como semejante al hombre (sólo lo hizo en sus Sermones y Cartas), por lo que el método analógico –dice– «es una empresa dudosa y muy probablemente poco gratificante». Vid. PARK, Désirée: *Complementary Notions. A Critical Study of Berkeley's Theory of Concepts*. Martinus Nijhoff, La Haya, 1972, pp. 89-92. La comentarista olvida que *Alcifrón* es ante todo una obra filosófica, pese a su defensa de la divinidad, y es en ella en donde más se habla de la analogía. Además, ésta fue desarrollada como respuesta a ciertos problemas relacionados con el conocimiento de Dios, por lo que es importante para la filosofía de Berkeley porque ayuda a comprender mejor cómo es que el espíritu finito accede y conoce, aunque sea de manera imperfecta, a Dios.

### 5. Crítica y defensa de la religión cristiana

El último de los tres recursos que analizaré en este artículo sobre el *Alcifrón* aparece en los diálogos V y VI del mismo, y es el de la defensa de la religión. Como se puede suponer, para el irlandés era importante defenderla de sus críticos, como eran los librepensadores, entre otras cosas porque al hacerlo defendía implícitamente a Dios.

En la obra aparecen muchos argumentos sobre esta cuestión, pero sólo mencionaré los que considero que representan mejor el tipo de controversias sobre la religión que Berkeley retomó. La primera crítica tiene que ver con las disputas teológicas. A través del personaje Alcifrón se retoma el parecer de muchos librepensadores del momento, quienes criticaban a la religión por fomentar constantes discusiones y polémicas sobre temas teológicos. Argüían que tales disputas no reflejaban más que el talante de los polemistas cristianos, quienes más que un sincero amor a la verdad y a Dios mostraban con su postura una actitud soberbia, fanática y hasta sofista. Creían esto porque dichas discusiones pocas veces esclarecían los postulados en cuestión, y en muchas ocasiones parecían tratarse de simples argucias para demostrar quién era el mejor polemista, razón por la cual gustaban de usar todo tipo de argucias, aunque fuesen abstrusas e ininteligibles, para vencer al oponente. Berkeley, quien censura la oscuridad del método escolástico, por lo que no comparte la aridez de muchas discusiones escolásticas, justifica las polémicas y los debates teológicos dependiendo de los temas tratados, y rechaza que hayan tenido una finalidad tan pedestre como la simple victoria en un debate. Por el contrario, considera que quien polemiza en nombre de la religión cristiana no está siguiendo en realidad los preceptos de ésta, por lo que «si los teólogos son litigiosos no lo son por ser teólogos, sino por no ser teólogos ni cristianos [...] y después de todo si los hombres discuten, disputan, se contradicen y riñen sobre la religión, también lo hacen sobre la ley, la medicina, la política y cualquier otra cosa importante»<sup>46</sup>. A modo de conclusión, sostendrá a través de Critón que «en todas las disputas humanas las pasiones se mezclan en proporción a la mayor o menor importancia del tema. Pero no debemos confundir la causa del hombre con la de Dios, o considerar las necesidades humanas una objeción contra la verdad divina»<sup>47</sup>.

Otra crítica a la religión tiene que ver con la exaltación del paganismo, al que se considera una práctica encomiable porque en ella se

---

<sup>46</sup> *Alciphron*, III; v, 19, pp. 193-194.

<sup>47</sup> *Ibidem*, v, 19, p. 194.

formaron grandes pensadores de la antigüedad. Berkeley reconoce que el mundo pagano –piensa básicamente en Grecia y Roma– trajo consigo algunos buenos principios que produjeron «buenos efectos sobre el pueblo», pero asume que éstos se debieron a las «verdades contenidas» en esas «falsas religiones», por lo que fueron incluidos y mejorados por el cristianismo, religión verdadera. Al respecto dice: «creo que encontrarás muy difícil mostrar alguna verdad útil, algún precepto moral, algún principio o noción saludable en cualquier sistema pagano, sea de religión o de filosofía, que no esté contenido en la religión cristiana»<sup>48</sup>. Considera que el cristianismo bien puede ser considerado continuador de las virtudes del mundo greco-latino, y para mostrar esto sostiene que el hecho de que haya habido grandes hombres entre los antiguos, como Aristóteles, Cicerón o Séneca, no se debe a su religión sino a sus leyes, que fomentaban la virtud pública a través de una constitución política «más sabiamente ordenada que la nuestra»; sin embargo, debido a su compromiso apologético considera que la religión cristiana supera a las paganas, porque fue capaz de formar la mente y el carácter de los hombres a la par que suavizó y embelleció sus costumbres, lo cual se ejemplifica en el pueblo inglés. El cambio en la humanidad impulsado por la religión cristiana fue posible incluso sin las grandes instituciones civiles que el mundo pagano tenía; luego –sostiene el irlandés– tiene mayor mérito esta religión que cualquier pagana. Para reforzar su argumento recuerda que muchas veces se engrandece el pasado en detrimento del presente, lo que explica porqué frecuentemente se escucha que antes, con el paganismo, se vivía mejor. Como respuesta arguye que si bien es cierto que las naciones paganas dieron algunos grandes hombres, sus costumbres eran por lo general bárbaras e inhumanas, como su modo de tratar a los prisioneros, sus espectáculos de gladiadores o los castigos contra familias enteras por los crímenes de un solo individuo, por lo que con su erradicación, debida al cristianismo, muchos hombres se han visto beneficiados.

Destaca en el sexto diálogo del *Alcifrón* la crítica a la tradición cristiana. Se critica que es difícil creer en ella porque al haber sido modificada con el tiempo, pues se le han añadido u omitido cosas, se ha apartado de la verdad al grado de ser poco confiable. Berkeley responde a la crítica afirmando que los tipos de tradición, oral o escrita, y esta última dividida en privada y pública, coinciden en atestiguar la veracidad del Evangelio. Sostiene que la tradición oral fácilmente se distorsiona, pero al haber sido transcrita a libros y tex-

---

<sup>48</sup> *Ibidem*, v, 10, p. 183.

tos éstos le dan crédito y muestran su verdad, ya que «las cosas, una vez confiadas a la escritura, están seguras contra los errores de la memoria, y con cierto cuidado pueden ser conservadas íntegramente tanto como dure el manuscrito, y la experiencia demuestra que pueden ser conservadas más de mil años»<sup>49</sup>. Sirviéndose de este mismo argumento rechazará las críticas contra las verdades de la religión, que algunos librepensadores hacían al considerar que al haber pasado tanto tiempo desde que fueron establecidas, y haber pasado por tantos intermediarios, como editores, traductores o párrocos, la veracidad de dichas verdades era cuando menos controvertible. La respuesta de Berkeley sobre este punto va en el sentido de que esos mismos cuestionamientos se podrían aplicar a cualquier libro antiguo, por lo que nada podría saberse ni decirse con certeza. Si pese a su antigüedad se cree verdadero el contenido de un libro de Herodoto, por ejemplo, el mismo criterio debería aplicarse para lo relatado en la Biblia, es decir, para la tradición.

La crítica a la tradición dio paso, en la misma obra, a cuestionar el Canon del Nuevo Testamento, es decir, los libros que se tienen como inspirados. Sobre este punto, la crítica –encabezada por Collins– se dirigía a que si desde sus orígenes el Canon había sido cuestionado, y hasta refutado, debía ser porque en realidad no era del todo verdadero. «Nunca podrás considerar constante y universal una tradición que, se reconoce, ha sido desconocida, o al menos discutida en la Iglesia por muchos siglos [...] si bien ahora tenemos un canon establecido, debemos reconocer y admitir que la tradición no puede hacerse más fuerte con el tiempo, y que lo que era incierto en los primeros tiempos no puede ser indudable posteriormente»<sup>50</sup>. Berkeley respondió a esta objeción arguyendo que en el Antiguo Testamento vienen contenidos los dogmas centrales de la religión cristiana, por lo que para el Canon no hace falta debatir sobre el momento en que se aceptaron algunos libros del Nuevo. Más aún, considera que los debates posteriores no perjudican sino lo contrario, ayudan a clarificar cuestiones importantes, y eso no implica falsedad en lo dicho anteriormente pues que haya habido discusiones sobre algunos libros bíblicos no conlleva que sean espúreos; menos aún porque hubo personas preparadas que «examinaron y distinguieron los escritos auténticos de los apócrifos»<sup>51</sup>.

---

<sup>49</sup> *Ibidem*, vi, 3, p. 223.

<sup>50</sup> *Ibidem*, vi, 5, p. 225.

<sup>51</sup> En *Alcifrón*, pese al uso de argumentos dogmáticos, Berkeley se muestra partidario de analizar rigurosamente los textos, mediante el estudio filológico y contextual de los mismos. *Vid. Ibidem*, vi, 7, pp. 229-233.

Las críticas a la religión fueron respondidas una a una en el *Alcifrón*, mediante argumentos irrefutables, interesantes o simplemente apelando a la autoridad y a la fe; sin embargo, es de reconocer que frente a los críticos de la religión el propio Berkeley, en un acto de absoluta franqueza, diga lo siguiente: «los argumentos probables son suficiente fundamento para la fe. ¿Quién ha pensado jamás que se necesiten pruebas científicas para ser cristiano? Sólo se requiere de fe»<sup>52</sup>.

### 6. Conclusiones

En el artículo he querido mostrar tres recursos argumentativos que muestran la defensa berkeleyana de Dios, asunto fundamental para la filosofía del irlandés. Siendo *Alcifrón* una obra básicamente apologética, aunque es mucho más compleja que eso porque comprende temas metafísicos, socio-políticos, históricos, lingüísticos o de crítica a la ciencia, es comprensible que Berkeley haya desarrollado allí el argumento del lenguaje visual, esbozado en el *Ensayo* de 1709, el cual constituye una importante aportación a la filosofía dentro del ámbito de las pruebas para la existencia de Dios. Este argumento busca demostrar que existe un lenguaje visual formulado por Dios, cuyo propósito es comunicarse con los hombres visualmente, no auditivamente, a través de signos arbitrarios que deben ser interpretados. Se trata, pues, de un lenguaje inscrito en la naturaleza que al ser semejante al oral o escrito, pues se basa en signos sensibles, es asequible para la mayoría de los hombres. Este argumento, además, permite esbozar algunas nociones sobre los atributos divinos, como el hecho de que Dios sea un ser actuante que interviene en el mundo mientras lo sostiene.

El segundo recurso visto en el artículo, la analogía, tiene relación con el lenguaje visual, pues sirve para bien interpretar los signos sensibles que se presentan en la naturaleza. La analogía, con sus diferentes tipos, es una herramienta interpretativa fundamental que establece relaciones de semejanza, con las que se pueden conocer tanto los signos del libro de la naturaleza como los del libro de la escritura, esto es, los pasajes bíblicos que dicen, entre otras cosas, algo sobre la naturaleza de Dios; ser que puede ser comprendido justamente por la analogía, ya que sin ella terminaría siendo absolutamente ininteligible.

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, vi, 31, p. 280.

Alberto Luis López

Una vez que Berkeley buscó demostrar la existencia de Dios, y servirse de la analogía para el correcto conocimiento divino, era importante defender a la religión, por tratarse del elemento que resguarda los dogmas, misterios y artículos de fe que envuelven a la figura divina. Defender a Dios sin defender la religión allanaría el camino para los librepensadores, interlocutores de Berkeley en *Alcifrón*, por lo que resultaba imprescindible hacer frente a algunas de las muchas inquisiciones que tales pensadores hicieron contra la religión.

*Recibido el 19 de enero de 2015*

*Aprobado el 18 de abril de 2015*

Dr. Alberto Luis López  
Facultad de Estudios Superiores Acatlán (UNAM)  
albertograco@yahoo.com.mx